

Un Cristiano Autentico

Pastor Oscar Arocha

30 de Agosto, 2009

Iglesia Bautista de la Gracia

Santiago, República Dominicana

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados. Romanos. 6:17

Se ha leído el v17, ahora leamos el próximo: “Y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.” (v18). Después de haberlos leídos notamos que hay dos líneas de pensamiento dominantes, lo que fueron quienes ahora son verdaderos cristianos, y lo que son después de haber conocido al Señor Jesucristo; notamos que haber sido esclavos del pecado se repite, lo mismo el carácter de una nueva vida de obediencia al Señor. Notamos que el texto no es de censura sino de elogio, o que es necesario que los maestros del Evangelio, alienten a los verdaderos cristianos, acerca del gran cambio que se operó en sus vidas al conocer a Cristo. Entonces es conveniente recordar lo inútil e infructuoso que fueron sus días en las obras de oscurantismo religioso. Al principio el sentido de gratitud y entusiasmo en servir fue ardiente, había más fervor para dedicarse a Dios, y la razón fue el contraste entre la vida vieja y la nueva, ese gran cambio estaba fresco.

En algunos ese entusiasmo se ha perdido, y la causa pudiera ser que han olvidado lo que eran. Una de la razones del gozo es tener una clara percepción de los abundantes favores recibidos de Dios, porque tal sentido vigoriza la gratitud, y la gratitud reanimada inclina el corazón a aborrecer el mal y estimula el Creyente a las acciones santas y piadosas.

Aquí se pueden ver tres asuntos: Lo que fueron antes: “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado”. Lo que son ahora: “Habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual os fuisteis entregados”. Y los efectos del cambio: “Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.” De modo que, el sermón será así: **Uno**, Signos de la vida anterior. **Dos**, signos de una obediencia real.

I. SIGNOS DE LA VIDA ANTERIOR

Lo que fueron antes: “Erais esclavos del pecado”. Habían sido esclavos del pecado; vivieron un largo trayecto en el camino del pecado, o haciendo la voluntad de la carne en lugar de la de Dios. Esto es, quien viva voluntaria y ordinariamente para complacer los impulsos naturales de su ser interior es esclavo del pecado.

Esclavos. Enfoquemos esta palabra: “Pecado.” La Biblia lo enseña y la experiencia cristiana lo confirma, que el pecado es el opositor más poderoso contra lo cual el hombre lucha. Cuando decimos la experiencia entre otras cosas significamos, que es fácil gobernar a otros, pero no gobernarse correctamente a uno mismo. Es posible controlar las enfermedades, resolver nuestra pobreza, mitigar el hambre, solucionar la desnudez, pero no es posible sujetar nuestro pecado. Aparecen nuevas enfermedades y el hombre termina controlándolas, naciones que fueron pobres hoy son ricas; pero la violencia, el adulterio, la fornicación, las drogas, el engaño, las mentiras, las corrupciones sociales e individuales, el hombre no ha podido corregir, por el contrario vamos de mal en peor. Más aun, que gran parte de la humanidad sabe que son pecadores, o que muchos tienen la convicción de serlo, pero no el poder para vencerlo, o renovar la vida humana.

Todos en mayor o menor grado tenemos carga de conciencia, o algún sentido de culpa de pecado, pero no podemos erradicarlo. El hombre quiere, pero no puede hacer lo que la Palabra de Dios y su conciencia le dice, aún sabiendo que es bueno. Los políticos y los maridos infieles son claro ejemplo, en una dada situación hacen promesas de transformación, de amor al prójimo, de un sincero empeño de mejorar la vida ajena, pero cuando llega el momento de hacerlo, no pueden: “¿Mudará el etíope su

piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jer.13:23). Un caso extremo; los drogadictos y los homosexuales están muy convencidos de su mal, o que todo su ser está inundado de un poder interior que los convence de pecado, pero no pueden renovar sus vidas. Dicho de otro modo, que si el poder de la Ley de Cristo no permanece y actúa en sus corazones, imposible obedecer a Dios y Su Palabra. Un caso: “Moisés, pues, llamó a todo Israel, y les dijo: Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho delante de vuestros ojos en la tierra de Egipto a Faraón y a todos sus siervos, y a toda su tierra, las grandes pruebas que vieron vuestros ojos, las señales y las grandes maravillas. Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír.” (Det.29:2-4). Habían visto milagros y portentos que Dios hizo por Moisés, pero sus voluntades permanecieron inconversas, no tenían luz ni poder espiritual. Religiosos sin conversión. Otro caso: “Es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo,5 y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron.” (Heb.6:4-6). La mayoría están en esa condición, y la profecía bíblica anuncia que a medida que se acerque el final, el número de esta clase de personas irá en aumento.

Voluntad esclavizada. La vida del inconverso es literalmente esclava del pecado. El hacer el bien o elogiar todo acto de justicia está en su conciencia, más no en su voluntad. Escrita en su mente, pero no en su corazón. La Ley de Dios y la conciencia humana están siempre de acuerdo, pero esa misma Ley, y la voluntad del hombre son diferentes, y antagónicas. Esto es, que no hay nada de hipocresía, ni artificial o mecánica en sus pecados. Su inclinación al pecado está siempre viva, y dispuesta actuar. Un contraste: Aun el verdadero Creyente para alegrarse en Dios necesita hacer un esfuerzo espiritual, pero ese mismo hombre en su estado inconverso no tenía que hacer esfuerzo alguno para disfrutar los deleites temporales del pecado. El ser humano no es hipócrita en su desobediencia, le es natural; su corazón está inclinado al mal y opuesto al bien de la Palabra de Dios. Para el Creyente obedecer Dios necesita darle un mandato: “Delítate en Jehová.” (Sal.37:4). Pero gozarse en el pecado, o desobediencia no necesita mandato, por esta razón: “Porque, erais esclavos del pecado.” (v17). El hombre codicia de modo natural, no necesita esfuerzo alguno.

Las leyes o principios de santidad y pecado pueden ser comparadas a las leyes de crecimiento y frutos en los árboles. Cuando se siembra una semilla en el suelo no necesita enseñarle como comer o crecer, la planta lo hace sola por una ley interna que le dio el Creador en el día de la Creación. Si no recibe sol, dobla sus hojas en busca de la luz; de igual manera el hombre el pecado, como si no pudiera vivir sin hacerlo; en cambio puede vivir tranquilamente siendo incrédulo. Así será con los habitantes en el Paraíso de Dios, tendrán implantados en su pecho la Ley de santidad, y felicidad, y esa fuerza gloriosa obrará de modo espontáneo en cada habitante del Cielo.

Esclavitud natural y adquirida. Este fue su anterior estado y también el nuestro; porque tal como ellos fuimos cortados de la misma piedra. Esta esclavitud puede ser natural o adquirida.

La **natural** o hereditaria viene de nuestro primeros padres; y por ello somos inclinados al mal e incapacitados de hacer el bien, como está escrito: “El instinto del corazón del hombre es malo desde su juventud” (Gen.8:21); lo que es aquí traducido como juventud (Hebr. **Rwen**, naw-oor), significa también niñez; y las Escrituras donde quiera dicen que es desde el vientre: “En maldad he nacido, y en pecado me concibió mi madre”(Sal.51:5); cuan a menudo vemos temprana manifestación de pecado en los niños. La precocidad del mal en los seres humanos es un indicativo del contagio que ha invadido la humanidad.

Adquirida. El tiempo y la costumbre confirman estos malos hábitos en nosotros, o se puede afirmar que las malas costumbres son como una segunda naturaleza. Muchos alcohólicos empezaron con un simple trago, pero la práctica los llevó a un estado tal que se esclavizaron monstruosamente. Así que, fueron esclavos del pecado, y aunque no llegasen al grado de depravación y degeneración como otros, aún así sirvieron al pecado hasta que la Gracia hizo la transformación.

II. SIGNOS DE UNA OBEDIENCIA REAL

Leemos: “Habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina” (v17). Esto es lo que se llamaría una genuina obediencia, que se compone de dos partes, a saber: Voluntaria o espontánea, y alegre.

La obediencia es voluntaria. Cuando un niño obedece su padre no lo hace de un principio natural, sino que obedece por la fuera del temor. Así mismo es el moralista, quien pudiera hacer todo acto externo de la verdadera religión, pero no ha nacido de nuevo, no posee la nueva naturaleza espiritual o que la Gracia no lo ha entrado en el Nuevo Pacto; nótese: “Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón.” (Jer.31:33). La obediencia, pues, es de corazón voluntario, un impulso interno fue sembrado en su corazón. No es algo mecánico, ni forzado, ni disimulado: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón.” Nótese, que dice que el fruto es una obediencia, y que esa obediencia es de corazón. Las verdades más preciosas hacen bien cuando son digeridas en amor y práctica. Es la motivación lo que hace la diferencia entre un moralista y un Creyente genuino. El moralista obedece por consideraciones de prudencia, miedo y egoísmo, la Ley de Dios no ha sido sembrada en su corazón.

En el verdadero Creyentes es de otra manera, la Ley del Señor ha venido a ser la disposición natural de actuar, contrario a su antigua vida cuando lo propio era pecar; mire la experiencia de un verdadero Cristiano: “Mientras callé (mi pecado), se envejecieron mis huesos.” (Sal.32:3). El pecado le es no natural a un corazón regenerado. La obediencia del moralista es como la esplendidez de las flores artificiales, carecen de hermosura. Sólo las flores naturales son hermosa y atractivas. Como dijera el teólogo Shedd: El moralista es un hombre meticuloso e infeliz; sobrelleva su cristianismo, en cambio el Creyente lo disfruta. a los Creyentes se les da un nuevo entendimiento para recibir con fe las doctrinas del Evangelio, en particular los asuntos esenciales del Cristianismo, y dirigirlos como el timón de sus vidas. Pero también se imprime sobre la voluntad de ellos el poder para inclinar sus corazones a la obediencia. Dios convence el entendimiento del convertido a sus deberes, e inclina sus afectos para recibirlos y obedecerlos. La mente es iluminada y el corazón es inclinado; y así está escrito: “Como hijos obedientes, no os conforméis a las pasiones que antes teníais, estando en vuestra ignorancia” (1Pe.1:14). El alma convertida toma la forma de las enseñanzas del Evangelio. Los que han sido librados del pecado tienen una manera ya establecida de vivir. De modo que en el Evangelio tenemos el sumario de las doctrinas cristianas, todo lo que debe ser creído y hecho, los principios de la doctrina de Cristo.

La obediencia es alegre. Esto es así, porque cuando la verdad es recibida con amor, los preceptos del Evangelio vienen a ser como una nueva naturaleza en nosotros, y cuando es obedecida entonces da sus propios frutos. Esta obediencia es libre y voluntaria, no forzada, porque es del corazón, es alegre no es por necesidad ni amarga; mire el caso de ofrendar dinero para la obra de Cristo: “Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por obligación; porque Dios ama al dador alegre” (2Co.9:7); en la nueva vida las cosas verdaderas son hechas de corazón, con sinceridad.

Al leer el versículo se nota, que el dar gracias aparece de entrada, pero es un fruto de alegría, no una condición. La gratitud va después de recibir el favor: “Pero gracias a Dios”. Hacernos volver de la esclavitud del pecado a la sincera obediencia del Evangelio es un beneficio del cual, siempre estaremos en una dulce y alegre deuda de gratitud al Señor. Como Jacob, que librado de su baja condición, nació en su alma una viva gratitud del favor divino: “Yo no soy digno de todas las misericordias y de toda la fidelidad con que has actuado para con tu siervo. Con sólo mi cayado pasé este Jordán, y ahora tengo dos campamentos” (Gen.32:10). Cuando consideramos lo que fuimos y lo que la Gracia ahora nos ha hecho, la gloriosa salvación que se nos ha dado, entonces miramos hacia nuestro negro origen como estímulo de alegría.

Hoy vimos: La esencia de un Cristiano autentico, y se vio en dos partes: Signos de la vida anterior, o que antes de ser Creyente podía tener la convicción de un pecador, pero no el poder para vencer el pecado, o renovar su vida. En cuanto a lo segundo, o los signos de una obediencia real; se dijo que es voluntaria y alegre. El no lo sobrelleva, sino que se goza en amar a Cristo y Su palabra.

APLICACIÓN

1. Hermano: Que esto te persuada hacer tu obediencia a Dios más clara y explícita, a ti mismo y a los demás. Este titular trae una pregunta: ¿Cómo hacer esto que se me pide? Esto se hace por dos formas. **Por un lado**, la manifestación del cambio, mira como lo señala el apóstol: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2Co.5:17); esto es, andar en novedad de vida, o que un Cristiano es otro hombre en la vieja carcaza; no sólo hay una diferencia entre él y los otros, sino también entre él y él mismo. Es una nueva criatura con nuevas reglas de vivir. Los otros se conducen de acuerdo a la corriente de este mundo y de sus propios deseos, pero en él es agradar y servir a Dios.

Por el otro lado, se hace por el crecimiento: “Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús que conforme aprendisteis de nosotros acerca de cómo os conviene andar y agradar a Dios, tal como estáis andando, así sigáis progresando cada vez más” (1Tes.4:1); las buenas obras en el Evangelio se resumen en dos: Pureza de corazón y misericordia. La verdadera religión no es adornada con ceremonias, sino con pureza y misericordia. Esforzándote como siervo de la justicia en ser inocente en moralidad, y haciendo el objeto de tu amor a los más miserables, o los que menos te pueden recompensar. Ayudar a los ricos es cortesía, pero hacerlo con los pobres es amor Cristiano. Abunda, pues y crece en eso, y serás un buen siervo de la justicia: “La religión pura e incontaminada delante de Dios y Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y guardarse sin mancha del mundo” (Stgo.1:27); esto es, que un siervo de Dios tiene como principal oficio el ser puro o sin contaminación moral, y hacer obras de compasión o piedad.

2. Amigo: Tú seguirás siendo esclavo de tu pecado, a menos que Cristo te liberte. Pregunta: ¿cómo saber si el pecado reina en uno? La esclavitud del pecado es en tinieblas, o que la persona ignora que está esclavizado, y así no se le ocurra buscar ayuda en Cristo. Te recuerdo que Satanás es el rey de las tinieblas. Hay pecados ocultos y otros visibles, y la incredulidad es quizás el menos notorio, pero el más mortal de todos.

Ahora considera atentamente como Jesús proclama Su oferta de liberación de tu pecado: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libre”. Por tanto, tu mejor negocio es gritar a Cristo por ayuda, pues Su oficio es libertar a los peores pecadores.

AMÉN